

LA VIDA AMOROSA DE LOPE DE VEGA *

Por JOSE F. ACEDO CASTILLA

I

A finales de 1562, casi a los dos años de haber ascendido Madrid a la categoría de Capitán y Corte de España, en una casa de la Puerta de Guadalajara, situada frente al torreón de ladrillos de los Lujanes, donde según la tradición, el Rey de Francia Francisco I, estuvo preso de nuestro Emperador, nació Lope Félix de la Vega Carpio.

Era su padre maestro, eximio en bordados, algo pintor poeta, que residía en Valladolid. Pero inquieto y enamorado como lo será su hijo, dejando a su mujer se vino tras otras a la nueva Capital. La esposa abandonada, le sigue hasta Madrid, loca de celos. Más hecha la amistad y reconciliación amorosa, como fruto de la misma nació el «fenix de los ingenios» o el «monstruo de la naturaleza» como le llamó Cervantes en el prólogo de las **Ocho Comedias**.

Lope como casi todos nuestros grandes ingenios, desde el Marqués de Santillana a Menéndez Pelayo, pasando por Quevedo y Calderón, descendía del nobilísimo solar montañés. El padre era de Villacariado y la madre de Selaya, y sabido es, que los oriun-

* Disertación leída el 6 de junio de 1997.

dos de la montaña santanderina o de las Asturias de Oviedo, "a fuer" de cristianos viejos y reconquistadores, ninguno dejaban de creerse hidalgo, máxime cuando triunfantes los estatutos de limpieza de sangre, todos aquellos que se ufanaban haber probado el no tener en sus venas sangre mora o judía, se estimaban en igual plano que los Grandes. Lope tiene en esto una verdadera obsesión. Se cree descender del legendario Bernardo Carpio y constantemente se está ufanando de ello, lo que le habrá de proporcionar grandes chanzas y disgustos como veremos después.

En el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid donde comenzó sus estudios, dicen que le conoció D. Jerónimo Manrique de Lara, Vicario general castrense que había sido de la armada vencedora en Lepanto y más tarde Obispo de Cartagena y Avila, e Inquisidor general, quién atraído por el hechizo del niño precoz y animado por las felices disposiciones que mostraba, lo mandó a la Universidad de Alcalá, en la que por razón familiar, puesto que descendía del insigne Jorge Manrique, era protector del Colegio de Santiago. Lope siempre reconoció lo que debía al Obispo Manrique, cual lo prueban los elogios que le hace en la «Jerusalén conquistada», y como en su primer testamento de 1627, separa unos cuantos ducados de su escaso peculio, para aplicarlos en sufragio de su primer protector.

Fallecido su padre, en compañía de su amigo Hernando Muñoz, se escapa de Alcalá, llegando hasta Segovia donde al intentar vender una joya de familia, fué detenido por la justicia. Mas el Juez —según cuenta Montalbán— habiéndoles tomado su confesión y viendo que decían verdad, les dió libertad y mandó a un alguacil les trujese a Madrid y los entregasen a sus padres».

Lope, hubo pues, de continuar estudiando en Alcalá, de mala gana, aunque eso sí, alternando el Arte y la Filosofía con múltiples amores. Recuérdase como su primera pasión, una prima suya a quién en la autobiográfica *La Dorotea*, disfraza bajo el nombre de Marfisa, pero que en el mundo real —según Entrambasaguas— se llamó María de Aragón, hija de Jácome de Amberes y María de Aragón, panaderos de corte al servicio de la Emperatriz María, viuda de Maximiliano II. Parece ser que Marfisa, fruto de sus amores con Lope, tuvo una niña llamada Manuela, que se bautizó en San Ginés el 2 de Enero de 1581 como hija de Lope de Vega

y de Doña María de Aragón, y que debió morir el 11 de Agosto de 1585.

A Marfisa la casaron con un tal Hans Uquer y como el matrimonio resultó un desastre, continuó viéndose con Lope. Después de dilatadas peripecias y reconciliaciones, Marfisa viuda, se casa por segunda vez con un Magistrado que le llevó al extranjero; y en tierras extrañas, el tercer marido, un militar, asesinó a la infeliz por celos de otro amigo suyo. Con todos estos avatares el gran estudiante Lope, se trocó en un bohemio de vida irregular e incurablemente desordenado, hasta que cediendo al fin a los impulsos de su vocación, abandona a los maestros de Alcalá, para dedicarse de lleno a la vida del teatro.

II

Tras la aparición del teatro en España con el Misterio de los Reyes Magos —representado en la Catedral de Toledo en los últimos años del siglo XII, o en los primeros del XIII—, los dramas litúrgicos continuaron en auge durante toda la Edad Media, si bien a su lado comienzan a surgir, los «juegos de escarnio», a quienes las Partidas condenan como farsas indignas de inspiración albigense, y representaciones de otras partes, como las diversas Danzas de la Muerte y Los Diálogos del Alma y del Cuerpo, casi todos traducidos del francés o de inspiración francesa. Cierra la Edad Media ese monumento singular y admirable que es La Celestina. Pero La Celestina, «espejo de lengua castellana», como la llama Menéndez y Pelayo, no influyó, en parte por su perfección misma, en parte —añade el maestro—, por sus condiciones de obra irrepresentable. De esta suerte, nuestra dramática, aún después de aquel gigantesco esfuerzo, continuó balbuciendo pastoriles coloquios en las Eglogas de Juan de la Encina y en las del salmantino Lucas Fernández, hasta que llegamos a Torres Naharro, el verdadero creador de las comedias de capa y espada y sus discípulos, los cuales unos, se inclinarán a la imitación de la tragedia clásica, otros refundirán comedias italianas, aderezándolas con pasos o intermedios jocosos de propia invención —en cuyos arreglos fué insigne Lope de Rueda—, y otros, los más, buscarán con poderoso

sos instintos naturalistas una forma de tragedia moderna, aún tratando de asuntos de historia o de la Biblia.

Nuestra escena por consiguiente, se había limitado a ser un eco atenuado del poema italiano y de la tragedia grecolatina, estando de otra parte esclavizada por aquellas barreras, que una absurda interpretación de la Poética de Aristóteles, oponían al libre desenvolvimiento de la creación dramática.

Contra estos principios, tenidos hasta entonces por inconcursos del arte escénico, es el sevillano Juan de la Cueva –aunque fuese entre vacilaciones y dudas–, el que da el primer paso, en su comedia «La muerte del Rey Don Sancho», donde el público por primera vez ve desarrollarse ante sus ojos los hechos famosos del Cerco de Zamora y escarnizadas hazañas y nombres que estaban más cerca de su corazón y de su sentir que los de Ajax, Virgilio o Mucio Scevola.

Pero Cueva, que tiene la intuición del tesoro poético y del hervor de vida que se encuentra en los romances y en los gloriosos hechos encerrados en las crónicas medievales, luego no sabe alumbrar esos veneros y cuando los trata de recoger, les pone la pesadumbre de su erudicción interpretativa. No obstante, nadie podrá quitarle el mérito de haber presentido la senda, por donde «como arrogante gastador» –como alguien dijo–, marcharía luego, con la firmeza del genio, Lope de Vega.

Y es natural que así fuera. Lope, conjugando romanticismo y realismo, abrió las exclusas para que penetrase en el teatro, pujante y arrolladora la corriente de los sentimientos naturales de los españoles de su siglo. Los romances y crónicas de la Edad Media, van a ser sus principales fuentes de inspiración. La triste suerte de Don Rodrigo, la glorificación del Cid, la justicia y amorosos desvanes de los reyes, lances infortunados como los del caballero gala de Medina, la flor de Olmedo, la venganza colectiva contra los desmanes de los tiranuelos ensoberbecidos, los vierte Lope a la escena y los trae a nueva vida, a otra región del Arte literario, creando así como dice Menéndez Pelayo, un teatro todo acción y todo nervio, rápido y animadísimo, lleno de fuerza y de inventiva, más extenso que profundo y más nacional que humano.

El arte lopiano de hacer comedias apasiona al público. Los empresarios se disputan sus obras. Uno de ellos, era el toledano

Jerónimo Velázquez, padre de la aplaudida comediente Elena Osorio que estaba casada con el cómico Cristóbal Calderón, marido paternal, complaciente y bondadoso que pasaba la mayor parte del tiempo fuera del hogar. Lope, no tarda en obtener los favores de la bellísima actriz, a quien canta en numerosos romances pastoriles o moriscos como Filis o Zaida.

Para amoldarse al ideal en boga, la describió rubia en algunos versos, pero en otros, expresa que era morena: «Aquella morena que reinaba en Troya», dice en uno de sus romances juveniles y en el acto primero, escena sexta de *"La Dorotea"*, nos traza su retrato como trigueña clara, de buen talle, delgado y airoso, de cabellos crespos, boca roja y reidora, dientes pequeños y muy blancos, ojos enormes, a la vez suaves y desvergonzados. Era por lo visto muy despierta e inteligente, aficionada en extremo a las sutilezas de la poesía y al cultivo de las letras. Por sus consejos reanudó Lope sus estudios y desde 1585 asistió en la Academia Real de Madrid, a las clases de matemáticas y topografía.

Más al cabo de tres años, Lope se cansa de Elena. Y como los solases amorosos y los éxitos literarios no le habían saciado su espíritu de aventura, decidió alistarse como voluntario para la campaña naval contra las Azores, donde el Prior de Crato pretendiente derrotado del Trono portugués, con la ayuda de Francia se había levantado contra Felipe II.

La escuadra española al mando de Don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, tras el asalto al Puerto de Las Muelas junto a Angra, obtendría la rendición de los francoportugueses en la Isla Terceira, lo que evocará Lope en *La Corona Trágica de María Stuardo*: «Ceñí en Servicio de mi Rey la espada» y más tarde en su poema póstumo *El Huerto Deshecho*, cuando dice:

*Ver en tres lustros de mi edad primera,
Con la espada desnuda,
Al bravo portugués en la Terceira.*

Durante la campaña de las Azores, Lope había conocido a D. Francisco Perrenot de Granvela, Caballero de Alcántara, Conde de Cantecroix y sobrino del gran Cardenal Granvela. En el curso de sus largas conversaciones sobre el teatro, la política y las mu-

jeros, Lope, en opinión de Flores, debió haber alabado tanto la belleza de Elena, su arte, su inteligencia, su gracia, como que el conde se enamoró de ella antes de haberla visto por una sola vez. Luego con la ayuda de D^a Inés, madre de la actriz, quien le hizo ver cómo la escasez y modicidad de los obsequios del poeta, no le permitirían ostentar lujos ni joyas, la ascensión de Perrenot, al lecho de Elena, no había de hacerse esperar.

Con la aparición de un rival, el fuego apagado, renació como un poderoso incentivo. Por permanecer en Madrid, renuncia a su remunerado empleo de Secretario del Marqués de Las Navas, ya que ello le obligaba a desplazarse a Alcántara. El rencor ardía en su alma; se sentía herido en su dignidad y de esta suerte, furioso con la definitiva ruptura, poniendo en práctica su consejo de... «para huir de una mujer... nada mejor que tomar otra», se dedicó a enamorar a la dulce Isabel de Urbina, mujer importante, hija del conocido escultor Don Diego Ampuero y Urbina y hermana de Don Diego Urbina Aldereta y Cortines, Rey de Armas de S.M. Felipe II, que había sido Regidor de Madrid, mientras se dedica a divulgar unos procacísimos versos en romance y latín macarrónico, contra Elena y sus parientes. Los Velázquez se querellaron por injuria. Lope es detenido durante una representación teatral en el Corral de la Cruz y conducido a la cárcel, donde permanece cuarenta días. Desde allí amenaza a Elena con enviarle a su marido una carta de ella, sumamente comprometedor. Le hacen un registro en la celda, y esta carta no aparece, pero sí 37 cartas firmadas por 16 manos femeninas diferentes. Por fin es condenado por libelista a dos años de destierro de Castilla y a cuatro de la Corte, sopena de muerte en caso de infracción de lo primero y a la de galeras si es la segunda.

Sin arredrarse y antes de salir al cumplimiento del destierro, rapta a su novia Isabel de Urbina. Pero la luna de miel que pasan en una oscura y tranquila habitación de un barrio madrileño, tiene que cortarse por la necesidad del forzoso alejamiento de Madrid. Ante ello, Lope que ha decidido volver al ejército, marcha a Lisboa para alistarse en la popularísima expedición contra Inglaterra. Doña Isabel, que conocía la virtud del sufrimiento, no pone obstáculo para ello, casándose por poderes en la parroquia de San Ginés de Madrid, el 10 de Mayo de 1588. Algunos biógrafos dicen, que

su intuición sutil le habría hecho adivinar, que en aquel mismo día, Lope se estaba encenegando en el barro lujurioso de un burdel lisboeta.

III

Tras el desastre de la Invencible, Lope se instala en Valencia con su mujer legítima, para cumplir allí su destierro. Con su proverbial fecundidad engendra sin cesar romances y comedias, consolidando su nombre literario e influyendo en la escuela dramática regional de Tárrega y Guillén de Castro. Más expirado el término de su proscripción en Castilla, se coloca como Secretario del V Duque de Alba, Don Antonio Alvarez de Toledo y Beaumont, y pasa a residir a Alba de Tormes, Cabeza de los Estados de su nuevo protector.

Adscritos a la pequeña Corte, figuraron con Lope en Alba de Tormes, el cómico Luis de Vargas, el sevillano Pedro de Medina y el excelente músico aragonés Juan Blás de Castro. En la casa de Alba debió conocer también a Góngora quienes –según dice Entrambasaguas–, desde el primer momento se repelieron mutuamente. La razón es obvia: Góngora de aristocrática familia, formado en un refinado ambiente humanístico que desde la adolescencia hablaba y escribía con elegancia la lengua latina, leía a sus clásicos, se adentraba en los griegos y conocía la preceptiva aristotélica y sus principales comentaristas, despreciará en Lope al hombre de clase inferior cuyo origen trata de ocultar y al poeta que casi ignora la más puras esencias de la cultura del Renacimiento y trata de fingirlo. Y le envidiará el triunfo de lo que intentó en su día con dos obras dramáticas sin aliento escénico. De aquí que satirice con verdadera crueldad, tanto los acontecimientos de su vida literaria como los de su vida íntima, hiriendo en lo más vivo y en todos los aspectos al Fénix, quien respondía en cada caso como podía, ya que la sátira no era su especialidad poética y mucho menos sabía emplearla con el arte malévolo de su enemigo, al que siempre temió su tejado de vidrio.

La mayoría del tiempo de esta secretaría, estuvo el Duque lejos de sus tierras y de sus literatos, porque Felipe II le envió preso

al castillo de la Mota desde mediados de 1590 a 1593, por haber roto sus esponsales con Doña Catalina de Rivera, hija del Duque de Alcalá, habiéndose casado sin permiso real con Doña Mencía de Mendoza hija del Infantado y por cierto, terriblemente fea.

Estos conflictos amorosos, se alegorizan bajo cifras pastoriles en *La Arcadia*, en la que el Duque, se denomina Anfriso, hijo de Júpiter; su madre la Duquesa, Brasinda; Lope, Belardo; el Pastor del Betis, Pedro Medina, y Arsino, el otro Secretario del Duque. Sin embargo, hay que observar que como en la propia biográfica *La Dorotea* y en casi todas las producciones, el procedimiento no es el de la mera reproducción de lo sucedido y de efectivos personajes, sino el de combinación imaginativa, la clave identificatoria dista mucho de ser fija y exacta. Y como *La Arcadia* se retocó e imprimió, cuando Lope había dejado el servicio de la Casa de Alba, y se mostraba resentido con el Duque, al punto de que dedicó la obra a su rival el Duque de Osuna, podría aplicársele a éste, según apunta Astrana y lo corroboran Rodríguez Marín, muchas de las aventuras y alabanzas de Anfriso, que se parecen más a las travesuras de D. Pedro Téllez Girón. Así, la escena de encubrimiento o disfraz, es probable que se refiera al destierro en Sevilla del Duque de Osuna y a su ocultación en Puebla de Cazalla, después de su matrimonio con Doña Catalina de Rivera, la desdeñada por el Duque de Alba.

En la primavera de 1593 cuando el Duque fué excarcelado y anunciaba su regreso a Alba de Tormes, enfermó y murió repentinamente su pequeña hija Antonia. Cerca de un año después, falleció la dulce y abnegada Isabel de Urbina, tantas veces cantada como «**Belisa**», de sobreparto de la niña Teodora. Ello coincidió con el hecho de que Jerónimo Velázquez perdonó a Lope de todas las acusaciones que contra él había formulado, y la justicia ante ello levantó su destierro.

Lope viudo, regresa a Madrid. Tenía 33 años y es ahora Secretario del Marqués de Malpica, pero otro escándalo lo vuelve a comprometer. Se le acusa de público amancebamiento con Antonia Trillo, viuda atractiva y rica, mantenedora de una casa de juegos en la Plaza de Matute.

La Sala de Alcaldes de Casa y Corte incoó contra Lope causa criminal por este delito, pero —como dice Sainz de Robles— si ésta

aparece reseñada en el **índice del libro de causas**, no aparecen por ninguna parte las actuaciones, ni papel alguno relativo a las mismas por lo que no se sabe, cual fue la Sentencia que le puso fin. A los amancebados solía imponérsele pena de azotes o galeras. Pero en este caso ¿fue conmutada alguna de aquellas por la de confinamiento?, ¿le absolvieron acaso? Todo se ignora. Lo cierto es, que ahora aparece en Toledo, más que como Secretario como Ayuda de Cámara del Marqués de Sarria, el heredero del Condado de Lemos, que iba a ser Virrey de Nápoles y protector de Cervantes. Por su favor obtuvo la mano de Juana Guardo, mujer vulgar y sosa, con la que se casó en la Iglesia de Santa Cruz de Madrid el 25 de Abril de 1598. La novia era más bien fea, aunque eso sí, buenísima y algo riquita como hija del carnicero Antonio Guardo, abastecedor de carnes, tocino y pescado de la villa y palacio. El enlace contrastaba con las presunciones de nobleza del poeta y con sus elegantes relaciones sociales. De aquí que la rechifla fuese general, máxime, al saberse que Lope no pudo cobrar por la tacañería del suegro carnicero, los veintitantos mil reales de plata doble, prometidos como dote a Doña Juana.

Al poco tiempo de casado publica *La Arcadia*, novela pastoril de la mejor tradición, inserta en Sannazaro, y *La Dragontea*, poema épico consagrado a narrar las odiadas hazañas del pirata Drake, y en estos libros se le ocurrió poner el escudo de Carpio en la portada. Ostentaba el inoportuno escudo 19 torres de Blasón y la leyenda «De Bernardo es el blasón y las desdichas mías son». Góngora, viendo que Lope después de casado con una carnicera, quiere continuar la farsa de su hidalguía, se levanta como terrible vendabal, con uno de los más formidables sonetos que posee la sátira española, que empieza así:

*Por tu vida Lopillo que me borres
Las 19 torres del escudo
Porque aunque todas son de viento, dudo
Que tengas viento para tantas torres.*

Y termina, aconsejándole que no fabrique más torres sobre arena, si no es que ya segunda vez casado, nos quiera hacer de los torreznos torres.

Tras la publicación del poema devoto *Vida del Bienaventurado Isidro, Labrador y Patrón de Madrid* al que los críticos suelen comparar por su realismo religioso con los cuadros de Murillo y el que según Azorín, no tiene más equivalente en el teatro que el *Peribáñez*, ya que al realismo detallista, familiar, doméstico, se junta un idealismo que a veces hace presentir la estética romántica, su amo el Márques de Sarriá lo lleva a Valencia para asistir al doble matrimonio del nuevo Rey Felipe III con Doña Margarita de Austria y al de la Infanta Isabel Clara Eugenia con el Archiduque Alberto.

Lope actuó en estas fiestas muy directamente. Figuró en las cabalgatas, recitó disfrazado romances, se representó su Auto Sacramental *Bodas del alma con el amor divino*, versión espiritualizada del matrimonio real, y en su calidad de cronista mundano, redactó en octava reales, los suntuosos festejos.

Fruto de su estancia en Valencia fué un hijo adulterino que tuvo de una dama valenciana. Se llamó Fernando Pellicer y muy joven se metió a fraile en el convento franciscano de Monte Sión.

IV

Ya se había enamorado Lope en Toledo de una guapa pelirrobia, de ojos azules, sumamente aniñada, aunque rondaba los 30. Llamábase Micaela Luján a quien en sus rimas denominará Camila Lucinda. Aunque no sabía escribir, ni siquiera poner su nombre, era primera dama en una compañía de Pineda y estaba casada con el actor Diego Díaz, que en el año 1596, se marchó a las Indias, dejándola con dos únicos hijos: Agustina y Dionisio. Cuando aquel murió en el Perú siete años más tarde no se había aún enterado de que era padre de cinco criaturas más. (Angela, Jacinta, Mariana, Juan y Félix. Y todavía nacieron dos hijos más de Lope: Marcela y Lopito).

Lope acompañaba a Micaela en sus giras artísticas, proveyendo de dramas a su compañía y a las demás, con la fecundidad más desatada.

De vez en cuando volvió a Madrid y reaparecía en el domicilio conyugal. En 1601 estando la Corte en Valladolid a donde la

trasladó el Privado Duque de Lerma, logró Lope el permiso para publicar su Poema *La Hermosura de Angélica*, cuyo modelo había sido el Orlando de Ariosto, donde nos hace muchas confidencias sobre amores con Micaela, entonces en su máxima exaltación. Ella es la *rubia Angélica* y Lope el "moreno Medoro". Entre las diversas rimas anexas, figura un soneto en honor de Quevedo, en cuyos primeros versos, se expresa de la siguiente manera:

*Vos del Pisuerga nuevamente Anfriso
Vivís claro Francisco, las riberas*

....

Esta amistad con Quevedo, la conservó Lope durante toda su vida, encontrando en el ilustre polígrafo, su más firme valladar y sostén en sus polémicas con Góngora. Por razón y por erudición, Quevedo detestaba el culteranismo más aún que Lope. «El culto, decía, es animal del que todos se ríen», y en algunos de los neologismos pintorescos y desgarrados que él inventaba siempre, y que son como las garras del león en sus escritos, llama a los culteranos «hipócritas del nominativo, poetas motilonos, fontanos y floridos, etc.». Pero con lo que Quevedo minó de la manera más eficaz el alcázar de aquella poesía anohecida y caliginosa, fue abrazando la piel del adversario con los botones de fuego de «La Perinola», «La culta latinoparla» y «La aguja de navegar cultos, con las recetas para hacer soledades en un día», que necesariamente nos hacen acordarnos de las Preciosas ridículas de Moliere y de sus Mujeres sabias.

Estando con la Luján en Sevilla donde –según Don Santiago Montoto– ya no se aloja en casa de su tío el Inquisidor, Don Miguel del Carpio, sino en Triana, donde tiene por principal amigo literario el escritor picaresco Mateo Alemán, publica un libro de rimas dedicado a Arguijo y *El Peregrino en su Patria* en el que, entre el relato de aventuras, apariciones de almas en penas, milagros de la Virgen, frailes que fueron caballeros enamorados, personajes que vienen a morir ante las puertas del convento iluminados por la luz de la luna, se intercalan deliciosos versos pastoriles, sentidas poesías devotas y petrarquismo, labrados como todo lo de Lope, con trozos de su propia vida. Como es natural el

elogio más entusiasta es para la idolatrada «Camila Lucinda». El libro lleva un soneto preliminar compuesto por Quevedo, enderezado contra los enemigos de la gloria de Lope, y en la portada el famoso escudo de las diecinueve Torres de Carpio, con una estatua de la Envidia, en actitud de querer atravesar con su daga, un pecho sobre un pedestal, con una leyenda en latín que venía a decir: «Envidia, Lope es único o excepcional», lo que produjo una gran polvareda y movió contra él los ánimos, de sus enemigos literarios. Incluso a Cervantes, espíritu no demasiado levantisco ni envidioso, le sentó mal aquella majeza a la que correspondería con otros, años más tarde, en los preliminares del Quijote.

V

Instalada definitivamente la Corte en Madrid en 1606, Lope, se establece en ella para continuar el monopolio de la producción dramática. Abusando de sus enormes facultades trabaja a toda prisa, como un periodista acongojado del mundo moderno, hasta catorce y dieciséis horas diarias. A estas fechas, llevaba escritas más de 400 comedias. Tiene ahora de protector a D. Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón, Duque de Sesa y Baena y nieto del Gran Capitán, quien lo tomó como Secretario, confidente y redactor de misivas galantes. Lo proveía de vestidos, víveres y alfombras; le prestaba su coche y la plata labrada y le apadrinaba tanto a sus hijos legítimos como a los bastardos. Lope a cambio le retocaba la correspondencia oficial y la amatoria, lo cantaba con los nombres de Lisardo, Lisio o Lucilo; celebrada las hazañas de sus abuelos en comedias como «Ramillete de Madrid», «Virtud, Pobreza y Mujer», «Las Cuentas del Gran Capitán» y los de su glorioso hermano en «La nueva vida de D. Gonzalo de Córdoba».

En Madrid asiste a las academias o tertulias literarias que se habían formado a estilo de Italia y en las que alternaban próceres y escritores. En la que presidía el Conde de Saldaña, que fué precisamente quien le patrocinó la «Jerusalén Conquistada», Lope se reunía con los Duques de Pastrana y Feria y D. Francisco de Quevedo, y en la del Parnaso, se veía con Vicente Espinel, Luis Vélez de Guevara y Miguel de Cervantes.

En su contacto con los Académicos, se ponen en tensión las dos fuerzas contradictorias que se debatían en su interior: la del poeta español y popular y la del poeta artístico, educado como todos sus contemporáneos en la tradición latina e italiana. Con su alma de poeta nacional, Lope lleva a término su obra sin desfallecer ni un solo día. Pero al mismo tiempo se acuerda de que cuando muchacho, aprendió en ciertos libros de Poética, con el testimonio de autoridades mejor o peor entendidas, que no era aconsejable la mezcla de lo trágico y lo cómico, ni el abandono de las unidades. De aquí la contradicción y aflicción de su espíritu que hace que en algunas ocasiones, haga gala de menospreciar su teatro declarando que «sus comedias eran flores del campo de su vega que sin cultura nacían», pero que él, tenía ingenio y letras para más, como los mostraban los libros suyos que corrían por Italia y Francia. Y en el «Arte Nuevo de hacer comedias», lamentable palinodia a juicio de Menéndez Pelayo llama bárbaro de mil modos al pueblo que teniendo razón contra él, se obstina en aplaudirle y hace como que se ruboriza de sus triunfos, por contemplación a los «doctos, refinados y discretos»; se disculpa con la dura ley de la necesidad como si hubiera prostituído el arte a los caprichos del vulgo, y hace alardes pedantescos de tener en la uña la poética de Aristóteles y sus comentadores: ¡Triste y lamentable espectáculo, —añade D. Marcelino—, del mejor poeta que España ha producido! ¡Cuánto le cuesta al verdadero genio hacerse perdonar su gloria!

En medio de sus triunfos mundanos y teatrales, comienza una crisis de regeneración moral. Lo anuncia en obras como «La Buena Guarda», fechada el 16 de Abril de 1610, comedia mística, rebosante de piedad y unción, cuyo argumento reprodujo Zorrilla en la leyenda «Margarita la Tornera». En el mismo año ingresa en la Congregación del Oratorio y en el siguiente se hace Terciario Franciscano y escribe «Los Pastores de Belén» novela bucólica a lo divino que contiene alguna de sus más bellas inspiraciones líricas.

Había llegado a los 50 años fatigado y canoso. En Marzo de aquel año, estuvo gravemente enfermo y en trance de perder la vida. En tal situación muere el hijo preferido Carlitos, y en el verano siguiente, su mujer, la abnegada doña Juana. En la casa quedaba una hija legítima Feliciano y dos adulterianos de la Lu-

ján, Lopito y Marcela a quienes había recogido. Entonces comenzó a concebir la idea de ordenarse, lo que efectuó en Toledo, el 24 de Mayo de 1614, diciendo su primera misa en el Carmen Descalzo de Madrid, en la octava del Corpus de aquel año.

VI

Durante el año y medio siguiente a su ordenación, todo fue bien, pues, aunque en sus breves ausencias de Madrid se alojaba con su comadre Jerónima de Burgos, hermosísima y ligera mujer, que había sido fugaz amante suya cuando seglar, y que luego le sirvió de modelo para la celestina Gerarda de *La Dorotea* y para la que escribió algunas de sus comedias, entre ellas *La dama boba*, en las sinceras cartas que dirige al Duque de Sessa por estas fechas, declara que guarda la continencia de su estado. Se ocupa activamente de la organización de las fiestas con ocasión de la beatificación de Santa Teresa, de las que fue mantenedor y pronunció el sermón panegírico.

Pero la perseverancia tocaba su fin. En el verano de 1616, a los dos años de haberse ordenado, salió a toda prisa para Valencia para recibir a su antiguo protector el Conde de Lemos, el cual volvía de su virreinato de Italia. Con la comitiva de Lemos venía la compañía de cómicos de Hernán Sánchez de Vargas y en ella la primera dama, Lucía Salcedo, apellidada «La loca de Nápoles», aunque —según Sainz de Robles— probablemente era de Sevilla, hija del cómico Nicolás Salcedo, que tuvo en esta capital un teatro llamado de **San Pedro**.

Poseía la Salcedo el atractivo diabólico que va con frecuencia unido a la fealdad bulliciosa, con el que rindió los sentidos y la imaginación de nuestro personaje. A través de sus comentarios, bebidos tal vez en momentos pasionales, Lope sin haber pisado jamás Nápoles, llegó a conocerlo a maravilla y a amarlo tal como ella lo había amado: cálidamente, sensualmente. De aquí que «el Nápoles lopesco —como dice Elías de Tejada— sea un Nápoles ardiente y vivo, el Nápoles del vivir placentero y erótico, donde las mujeres besan y apuñalan el alma, jardín de olorosas rosas, cuajadas de alfileres que desgarran».

De vuelta a Madrid, en sus andanzas de tardío enamorado, requiebra públicamente a la Salcedo, le hablaba por las rejas de su ventana, le dedica los nueve apasionados sonetos que se encuentran en la colección de sus poesías, y para mayor mengua de su sotana, la llevaba con grave escándalo, a la fiesta de toros y cañas de la Plaza Mayor.

Pero aunque Lucía, como era de esperar, cayó al poco tiempo, no pararon aquí los sacrílegos devaneos, ya que vino a exaltarlo otra volcánica pasión senil: Doña Marta de Nevares.

Era Doña Marta –según dicen– una monada de 26 años, madrileña, muy blanca, de ojos verdes como dos esmeraldas, cabellos rizados, manos y pies muy pequeños, que tañía la vihuela y cantaba con muy graciosa voz. La habían casado a los 13 años con el tratante Roque Hernández de Ayala, hombre bastante mayor y muy grosero.

Tenía Doña Marta un salón donde recibía a los músicos y literatos y fue allí donde Lope la conoció y se prendó de ella no sin grandes tempestades de conciencia. «Yo estoy perdido y Dios sabe con qué sentimiento mío, escribe al Duque. No he cerrado los ojos en toda la noche; con tanta desesperación, he pedido a Dios me quitase la vida... Malaya amor que se opone al cielo».

La rendición de Marta, no se hizo esperar. La cantora de versos, lectora de novelas, tan semejante a la preciosista Nise, la dama discreta, hermana de la Dama Boba, la que gustaba el reunir artistas y agazajar poetas, cayó en brazos del incorregible Lope, medio capellán y medio cómico, monarca del teatro y monstruo de la fama.

En 1617, le nació una hija destinada a ser el encanto y al final el tormento y la expiación de la ancianidad de Lope. Le pusieron Antonia Clara y se inscribió como hija legítima del marido Roque Hernández, hombre de negocios. El Duque de Sessa tan desaprensivo en materias amorosas, no se atrevió a apadrinarla; lo reemplazó su primogénito, el Conde de Cabra.

Hernández, de vuelta a Madrid, se entera de lo sucedido, maltrata a Marta y ésta pide la separación por sevicias. Se sustanciaba el divorcio cuando murió Hernández por la equivocación del Médico. Lope llegó al descaro de felicitarle públicamente por ello, en la dedicatoria que hizo a Doña Marta de la comedia «La Viuda

Valenciana».

En 1622, cuando se calcula que llevaba escrita 927 comedias y Autos dirigió el Certamen poético por la canonización de San Isidro. Fué su apoteosis como cantor nacional. Su renombre pareció obtener solemne consagración.

En el colegio de la Compañía de Jesús, rodeado de los Jueces, del Príncipe de Esquilache y de los Marqueses de Cerralbo y Velade, fué aclamado como el primer poeta de España. En la Plaza de Palacio, ante Felipe IV, se representaron con grandes aplausos, dos comedias suyas.

Góngora, dominado por el odio, no dejó pasar esta ocasión, sin gallardía por cierto, para herir al Fénix por sus amoríos con Marta de Nevares, con esta punzante décima:

*«Dicho me han por una carta
que es tu cómica persona
Sobre los manteles mona
y entre las sábanas Marta.
Agudeza tiene harta
Lo que me advierten después
Que tu nombre del revés
Siendo Lope de la faz
En faz del mundo y en paz
Pelo de esta Marta es».*

Convencido Lope por fin que era inútil tratar de contemporizar con Góngora, arremetió furiosamente contra los culteranos y sus amigos. La crítica de los enemigos, le despertaron la conciencia del orgullo de su obra dramática y el que hasta hacía poco tiempo declaraba paladinamente que hacía sus obras en la forma que las hacía, porque «como las paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto», proclamará con majestad: que «los grandes ingenios y los poetas príncipes, no están sujetos a preceptos poéticos algunos».

Más la estrella del monstruo tocaba su ocaso. Doña Marta, la «Amarilis» primero y «Marcia Leonarda» después de tantos y tan bellos poemas, cegó. Las vivas esmeraldas, tan ensalzadas, quedaron a oscuras. Tras la ceguera vino la locura que no recuperó,

sino antes de morir, para agradecer a su amigo los cuidados que le había prodigado en su larga y terrible enfermedad. El la celebró muerta en uno de los sonetos más bellos del siglo:

*«Resuelta en polvo ya, más siempre hermosa,
sin dejarme vivir, serena,
aquella luz que fué mi gloria y pena
y me hace guerra cuando en paz reposo.
Permíteme callar sólo un momento,
pues ya no tienen lágrimas mis ojos,
ni conceptos de amor mi pensamiento».*

VII

Durante la enfermedad de Doña Marta, Lope había seguido su febril producción. En 1627 publica *La Corona Trágica*, poema que narra la vida y la muerte de la desgraciada reina María Estuardo, el que dedica al Papa Urbano VIII, quien en correspondencia le otorgó el título de **Doctor en Teología por el Collegium Sepiential** y la **Cruz de San Juan**, que conllevaba el uso del hábito de la Orden y el título de «Frey», con el que Lope firmará en lo sucesivo poniéndolo delante de su nombre.

Por estas fechas aparece la *Egloga a Claudio*, llena de datos autobiográficos y de imágenes del desengaño y la de *Filis* en la que relata el rapto de su hija Antonia Clara por su prometido, un galán palatino, al que durante mucho tiempo se creyó que era un hijo bastardo del Conde-Duque de Olivares, hasta que en 1934, Don Agustín González de Amezúa descubrió que, de quien se trataba era de Don Cristóbal Tenorio y Azofaijo de Villarta, hijo de una familia de hidalgos pobres de Morón, que al igual que los demás facinerosos de la camarilla de Olivares que retrata Quevedo en la *Isla de Monopantos*, de humildísimo paje del ayo del príncipe, ascendió a ayuda de Cámara del Rey y caballero de la Orden de Santiago, con cuyos oropeles y la falsa promesa de matrimonio, le fué fácil seducir y engañar a la hija de Lope.

Poco después, tras la publicación de una serie de poemas como *El Laurel de Apolo*, o de comedias como *La noche de San Juan*,

aparece esa «verdadera maravilla de la literatura dialogada», como Zamora Vicente llama a *La Dorotea*, la que ve la luz en 1632, en el mismo año en que Amarilis muere. Esta coincidencia, a juicio de Lázaro Carreter constituye todo un símbolo: «el pulso senecto del poeta, se estreme al evocar aquellas apasionadas aventuras juveniles, mientras agoniza, la última mujer que quiso». Con ello, la vida amorosa del Fénix se cierra por completo. Su vida, toda una vida edificada ante todo para el amor, está en vías de extinción.

Y así fue, en efecto. El 25 de Agosto de 1635 fue al Seminario de los Escoceses a escuchar las conclusiones de filosofía natural de su amigo el Médico y pensador portugués, Fernando Isaac Cardoso. Le acometió un desmayo y en silla de mano lo llevaron a su casa. Acudieron a visitarlo el Médico del Rey Dr. Negrete y el Licenciado Vergara, quienes desgraciadamente nada pudieron hacer. Con muestras de penitencia y fervor recibió el Viático, y rodeado de su hija Feliciana a quien bendijo, del Duque de Sessa, del famoso poeta místico Valdivieso, del Comendador de la Orden de Malta y de varios sacerdotes y religiosos, expiró el lunes 27 del mismo mes y año a las cinco y cuarto de la tarde, besando el Crucifijo entre cánticos de salmos y letanías.

BIBLIOGRAFIA

- 1.- ABC: Número extraordinario dedicado a Lope de Vega. Madrid, 25 de Agosto de 1935.
- 2.- ALVAREZ QUINTERO (S. y J.): *Lope de Vega en Sevilla*, en Bol. Acad. Esp., XXII, 1935.
- 3.- ALONSO CORTES (Narciso): *Doña Isabel de Urbina, primera mujer de Lope de Vega*, en Bol. Acad. Esp., XIV, 1927.
- 4.- ARCO (Ricardo del): *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*. Escelicer, Madrid, 1942.
- 5.- ASTRANA MARIN (Luis): *Vida azarosa de Lope de Vega*. Editorial Juventud. Barcelona, 1944.
- 6.- AZORIN: *Lope en silueta*. Con una aguja de navegar. Madrid, 1935.
- 7.- CASTRO (Américo): *Alusiones a Micaela Luján en las obras de Lope de Vega*. Revista de Filología, V, 1918.
- 8.- CASTRO Y RENNERT (Américo y Hugo A.): *Vida de Lope de Vega (1562-1635)*. Con unas Adiciones de Fernando Lázaro Carreter Editorial Anaya, Salamanca 1968.

- 9.- COSSIO (José María de): Algunos datos sobre Lope contenido en su «Fama póstuma», en Bo. Bibl. M. y Pelayo, XI, pág. 51. Santander, 1929.
- 10.- COTARELO MORI (Emilio): Introducción y notas a las «Obras completas de Lope de Vega», publicadas por la Real Academia Española. Nueva edición, 13 Tomos. Madrid, 1916-1930.
- 11.- COTARELO MORI (Emilio): Los amores de Lope y Micaela de Luján, en Boletín Academia Española.
- 12.- ELIAS DE TEJADA (Francisco): Nápoles Hispánico: Tomo IV. Ediciones Montejurra. Sevilla, 1961.
- 13.- ENTRAMBASAGUAS (Joaquín): Estudios sobre Lope de Vega. Tres volúmenes. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid 1946, 1947 y 1958.
- 14.- ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA (Joaquín): Una guerra literaria del siglo de Oro. Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos. Madrid, 1932.
- 15.- ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA (Joaquín): Los famosos «libelos contra unos cómicos», de Lope de Vega. Valladolid, 1933.
- 16.- FENIX: Revista del tricentenario de Lope de Vega. Madrid, febrero a diciembre de 1935.
- 17.- FLORES (Antonio): Lope de Vega, en la Nave. Madrid, 1935.
- 18.- GONZALEZ AMEZUA (Agustín): Un enigma descifrado: el raptor de la hija de Lope de Vega. Boletín Academia Española, N° XXI, Madrid, 1934.
- 19.- HERRERO GARCIA (Miguel): Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega. Editorial Castalia, Madrid, 1977.
- 20.- LAZARO CARRETER (Fernando): Lope de Vega. Introducción a su vida y obra. Ediciones Anaya, S.A.. Salamanca, 1966.
- 21.- MENENDEZ PELAYO (Marcelino): Estudios sobre el teatro de Lope de Vega. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes. Cuatro volúmenes. Aldua, S.A. de Artes Gráficas. Santander, 1949.
- 22.- MENENDEZ PELAYO (Marcelino): Lope de Vega y Grillparser en Estudios y discursos de Crítica Histórica y Literaria, Tomo III. Obras Completas del C.S.I.C. Editora Nacional. Santander, 1941.
- 23.- MENENDEZ PELAYO (Marcelino): Apologistas de Teatro Español. Impugnadores del Culteranismo en Historia de las Ideas Estéticas en España, Tomo III, Obras Completas del C.S.I.C. Editora Nacional. Santander, 1947.
- 24.- MENENDEZ PIDAL (Ramón): Cervantes y Lope de Vega. Col. Austral N° 120. Madrid, 1942.
- 25.- MONTESINOS (José F.): Prólogo y notas a «Poesías líricas», de Lope de Vega. Clásicos Castellanos, LVIII y LXXV. Madrid, 1926.
- 26.- MONTOTO (Santiago): Sevilla, escenario de Lope de Vega, en ABC, 25 de agosto de 1935.
- 27.- ORMAZA (Fernando de): Elena Osorio y Lope de Vega. Relación de lo sucedido a un fantasma en la corte de Felipe II. Madrid, 1916.
- 28.- PEREZ PASTOR (Cristóbal) y TOMILLO (A.): Proceso de Lope de Vega por Libelos contra unos cómicos. Madrid, 1901.
- 29.- PEREZ PASTOR (Cristóbal): Datos desconocidos para la vida de Lope de Vega. Homenaje a Menéndez Pelayo. Madrid, 1900.
- 30.- REVILLA (Manuel de la): Los últimos amores de Lope de Vega, en la Ilust. Esp. y Amer., II, 127, 1876.
- 31.- RODRIGUEZ MARIN (Francisco): Lope de Vega y Camila Lucinda. Madrid, 1914.
- 32.- ROMERA NAVARRO (Miguel): La preceptiva dramática de Lope de Vega y otros ensayos sobre el Fénix. Ediciones Yunque, Madrid, 1935.

- 33.- SAINZ DE ROBLES (Federico Carlos): El «otro» Lope de Vega. Espasa-Calpe Argentina, Colección Austral. Buenos Aires, 1941.
- 34.- SAINZ DE ROBLES (Federico Carlos): Lope de Vega. Retratos. Horóscopos. Vida y Transfiguración. Espasa-Calpe. Madrid, 1962.
- 35.- VEGA (Lope de): Obras Completas de Lope de Vega Carpio. Obras no dramáticas. Edición de Joaquín de Entrambasaguas. C.S.I.C. Madrid, 1965.
- 36.- VEGA (Lope de): Obras Completas. Comedias, 12 Volúmenes. Madrid: Turner; D.L. 1993-1995.
- 37.- LOPE DE VEGA: La Dorotea. Edición de Américo Castro. Biblioteca Renacimiento. Madrid, 1913.
- 38.- VOSSLER (Karl): Lope de Vega y su tiempo. Traducción del alemán por Ramón Gómez de la Serna, 2ª edición. Madrid, 1940.
- 39.- ZAMORA VICENTE (Alonso): Lope de Vega. Su vida y su obra. Editorial Gredos, 2ª edición. Madrid, 1969.